

## A los Lectores

**P**IDA en todos los puntos de venta de España y a todos los Corresponsales, los números que le falten para tener completas las colecciones de las publicaciones de

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

!! NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!

## A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los números de las publicaciones de

## La Novela Semanal Cinematográfica

Pronto: Grandes Concursos  
Valiosos premios

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA  
Via Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

J. Horta, impresor. - Barcelona

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 302

25 Cts.



CUANDO  
AMA UNA MUJER

FOR  
MAE BUSCH,  
OWEN MOORE,  
etc.

Filmoteca  
de Catalunya

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción { Vía Layetana, 12  
Administración { Teléfono, 4423 A

Año VI BARCELONA N.º 302

---

## Cuando ama una mujer

Interesantísima comedia dramática interpre-  
tada por los célebres artistas

MAE BUSCH, OWEN MOORE, ETC.

---

DISTRIBUÍDA POR

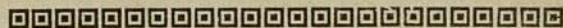
## EDUARDO FIUS

Rambla de Cataluña, 44, pral.

**BARCELONA**

---

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
MAXIME ELLIOT



## Cuando ama una mujer

---

### Argumento de la película

---

El presidente, un magistrado de rostro endurecido, acababa de pronunciar la sentencia.

*El Tribunal condena al procesado Gerardo Norton, a dos años de trabajos forzados en la penitenciaría del Estado. Ha terminado la vista.*

Desaparecieron los jueces y el público comenzó a desfilar haciendo comentarios sobre el veredicto. Algunos lo consideraban exagerado y se sentían movidos a compasión al ver el rostro franco, distinguido, de Norton.

Era el procesado un joven perteneciente a la aristocracia del dinero, ese pilar poderoso de las sociedades modernas.

Su padre, el banquero Roberto Norton, había presenciado la vista; era un hombre enérgico, uno de esos seres que el vulgo gráficamente llama "de una pieza". En cuestiones de moral, su intransigencia era casi cruel.

Gerardo se levantó, tambaleándose a im-

pulsos de la emoción. Al ver a su padre, murmuró con un dejo melancólico:

—¡Papá!

El viejo no respondió, mirándole agresivo, con un silencio acusador que parecía protestar contra el mozo que había roto las tradiciones honradas de la familia.

Una mujer, una joven elegantemente vestida, saltó al estrado y se dirigió hacia el banquero, después de lanzar una mirada de compasión a Gerardo.

—¡Usted no puede abandonar así a su hijo al rigor de la ley! Piense que en medio de todo, fui yo la que involuntariamente le impulsé al delito — dijo.

—Señorita, conozco muy bien mi obligación.

—¿Verdad que no me guardas rencor, Gerardo? Yo nunca hubiera consentido que por mí arriesgaras tu libertad.

—¡Vete y déjame tranquilo! — respondió él, rechazándola—. En esta ocasión tu hipocresía es un sarcasmo.

Gerardo, después de haber dado una última mirada a su padre, desapareció hacia la prisión.

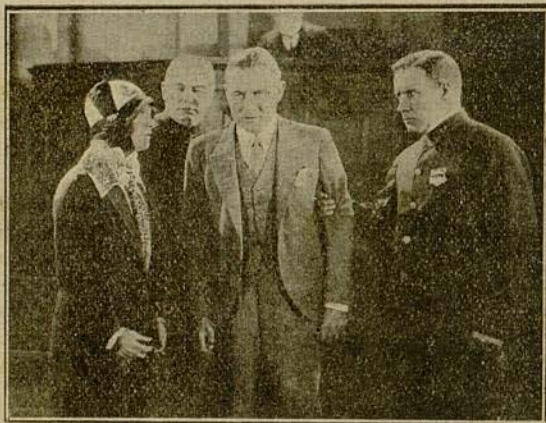
La desconsolada joven salió de la Audiencia. Llamábase Aurelia Malcom, y era una "niña bien", una de esas muñecas sin corazón que ponen en los salones el encanto malsano de su frivolidad y la música de sus risas de cristal.

Pocos días después, Gerardo Norton fue trasladado a la Penitenciaría a extinguir su condena.

Y así fueron pasando los dos años declusión. ¡Dos años! El tormento, saturado de

esperanza, de pensar a cada instante: "Un día menos... una hora menos..."

Pero lento o rápido, el tiempo siguió su curso invariable, y al fin los dos años fueron



—¡Vete y déjame tranquilo! En esta ocasión tu hipocresía es un sarcasmo.

una cifra más que cayó en el abismo sin fondo del pasado.

Un día en el despacho de Roberto Norton, el banquero, se hallaba éste conversando con Pedro Cartly, su secretario y confidente.

—Hoy sale su hijo de la cárcel, señor Norton... — dijo Cartly.

El banquero calló. Una nube de preocupación veló sus ojos. ¡Cuánto le había hecho sufrir aquel hijo!

El secretario, con una confianza no exenta de respeto, indicó:

—Siempre me he preguntado por qué fué usted tan duro con Gerardo...

Roberto Norton, como si se quitara un peso de encima, respondió al cabo de unos minutos:

—Nunca hablé de esto con nadie, Pedro, pero para usted no tengo secretos. Voy a contárselo todo. Si traté tan duramente a mi hijo, fué porque ofendió la memoria de la mujer más buena que ha existido, de su madre.

Señaló un retrato al óleo que parecía presidir el salón. Pedro se revolvió en su asiento. ¡Interesante historia!

—Como usted no ignora, Gerardo era el novio de Aurelia Malcom. Yo no aprobaba tales amores, porque sabía que esa muchacha era una pequeña coqueta. Aurelia pensaba únicamente en joyas y vestidos. Un día en un baile, parece ser que Aurelia dijo a mi hijo:

“—¿Por qué no me dejas bailar con Eugenio? ¡Un chico tan galante, tan desprendido! ¡Nada menos que un collar de perlas me regaló el día de mi cumpleaños!

“Gerardo prometió a su novia regalarle una doble cadena de brillantes. Sentía celos del otro mozo que había hecho un espléndido regalo a la chiquilla. Y él quería superarle.

“Pero Gerardo sabía que yo no le daría dinero para obsequiar a esa muchacha, y entonces cometió el delito de falsificar mi firma en un cheque...

“Presentóse en un Banco donde, al darse cuenta de la falsificación, mandaron prender a mi hijo. ¡Figúrese usted qué disgusto el mío!

“El día que salió de la cárcel, bajo fianza, tuve una conversación con él.

“—Dime la verdad, Gerardo, la verdad, y te salvaré... aunque seas culpable.

“Yo ignoraba entonces qué motivos habrían influido a mi hijo para cometer aquella falsedad y él se mantenía en la más estúpida negativa.

“—¡Soy inocente! — decía—. ¡Dejadme en paz! ¡Veinte veces he dicho que soy inocente!

“Y como yo insistiera, él me hizo callar con estas palabras:

“—Esa es la verdad, la única verdad. ¡Soy inocente! ¡Lo juro por Dios, por la memoria de mi madre!

“Pues bien, después de jurar de aquel modo, confesó su delito ante el Tribunal. Y eso me indignó. Yo le hubiera perdonado su culpa... lo que no pude perdonarle nunca fué que hubiese ofendido la memoria de una mujer, a la cual yo levanté en mi alma un altar, como a una santa...

“Nada quise hacer por él en lo sucesivo. Dejé que la ley siguiera su curso, que le condenaran... Había muerto, para mí. Pero hoy le toca salir de la cárcel y, a pesar de todo, es mi hijo y quiero conocer qué vida lleva en lo sucesivo. Pedro, hará usted el favor de vigilarle y de anotar todos sus pasos.

—Voy a la Penitenciaría — respondió el secretario—. Comprendo su estado de ánimo para saber de su hijo.

Aquella tarde, Gerardo, cumplida su deuda con la ley, acababa de ser libertado.

Respiró bien, a sus anchas, al verse en plena calle, gozando de la dicha maravillosa de la libertad.

Lo primero que hizo fué inyectarse de ese

optimismo sano que se desprende de los vapores de una buena comida.

Comió en un elegante restorán que le recordó sus tiempos de lujo y holganza. Pero su menguado peculio no permitía la repetición de semejantes despilfarros.

Luego comenzó a rondar por la ciudad en busca de trabajo. No quería volver, por el momento, a casa de su padre, de quien no tenía noticia desde dos años atrás, y prefería ganarse la vida por sí mismo en una profesión honrada.

Deseaba olvidar su resbalón hacia el mal; y no quería acordarse más de Aurelia, aquella coqueta que no vacilaba en arruinar a los hombres. Por otra parte ella había olvidado por entero al infeliz.

Gerardo sentíase ofendido por la fiera de su padre al no interceder por él, perjudicándole con su silencio hostil durante la celebración de la causa.

No quiso nunca decir a su padre la verdad; le avergonzaba presentarse culpable ante el autor de sus días y había jurado, falsamente, que era inocente. Ante el retrato de su madre no tuvo tampoco valor para confesarse delirante y mantuvo con firmeza su inocencia.

Pero luego, durante la vista, la energía del fiscal le obligó a confesarlo todo. Y convicto de la falsificación, le condenaron a dos años de presidio, sin que el banquero quisiera intervenir para salvarle o amortiguar cuando menos la pena.

Y Gerardo se prometió no volver a la casa paterna mientras no se hubiese regenerado con su trabajo y su esfuerzo.

Una vez se hubiese hecho hombre, tal vez

llegara a pedir perdón al orgulloso banquero.

El antiguo presidiario comenzó su peregrinación por la ciudad. Pero sus referencias no eran las mejores para encontrar trabajo. Llamó inútilmente a muchas puertas. Los talleres se cerraban detrás de él con un sordo rumor hostil.

Así fueron pasando las horas hasta llegar la noche. Gerardo continuaba sin ocupación.

Y fatigado, sintiendo deseos de reposar, se encaminó a los barrios bajos...

No se había dado cuenta de que un hombre seguía sus pasos: Pedro Cartly, el secretario de su padre.



En aquella barriada humilde de la ciudad, en una de sus calles más concurridas se alzaba un "cabaret"; uno de esos oasis modernos que brindan al caminante la copa del olvido.

Jazz-band, humo de tabaco, perfumes baratos, sonrisas pintadas, todo en una mezcla absurda.

Ante la puerta, un cartel advertía a los clientes: *No se admiten señoras sin la compañía de caballeros.*

Una muchacha, pizpireta y elegante, quiso penetrar en el local. Un agente la detuvo:

—¿Adónde va usted sola, joven? ¡No se puede pasar!

—Eso es una orden absurda. ¿Por qué no nos dejan pasar a nosotras que somos las que damos vida al "cabaret"?

—Quien manda, manda, joven...

Un individuo intervino en la discusión. Llamábase Benjamín y era un asiduo concurrente a la casa.

—No hay por qué apurarse, chiquilla... Yo la acompañaré.

—Gracias, Benjamín. Se lo agradeceré en el alma...

—Sólo por unos niqueles compra usted el derecho a entrar y la compañía de un barbián como yo...

—Pero, fieme usted, Benjamín. Cuando salga le pagaré...

—Aquí se paga al contado, "mademoiselle". ¡Si no trae usted suelto, vaya a cambiar al Banco!

La mariposa del "cabaret" tuvo que resignarse. Entregó unas monedas a Benjamín y penetró del brazo de éste en el local, donde la música alternaba entre charlestons y tangos.

Una vez hubo instalado a la muchacha junto a un caballero anciano que se las echaba de conquistador, Benjamín volvió a la puerta. Había encontrado el hombre un medio agrado de ganarse la vida.

Cuántas mujeres iban solas eran acompañadas por él mediante la entrega de un pequeño donativo.

Al volver Benjamín de aposentar a tres chicas jóvenes, vió en el interior del "cabaret" a una muchacha que había entrado de "contrabando".

—Dispensa, Nora — le dijo—. Me parece que te has colado sin pagar en la puerta.

—Yo no pago, amiguito. Es a mí a quien deben pagarme por animar el local...

Benjamín rascóse la oreja y como quiera que se trataba de una chica excepcional, no insistió en su petición.

Era Nora Gregor una de esas muchachas sacerdotisas de Terpsícore, que adornan los "cabarets" bajo el nombre de tanguistas. Su cinismo, su desparpajo, no eran más que una máscara para andar por la vida; en su interior, Nora, como casi todas sus compañeras, guardaba tesoros de ternura y de bondad.

Nora ocupó una de las mesas. Experimentaba uno de esos días de inquietud, de tristeza, tan comunes a las mujeres de "cabaret".

Un sujeto se acercó a ella y quiso invitarla a una consumición. Era un hombre de rostro enjuto y ojos viciosos.

—No tengo ganas de conversación, Juanito — le dijo Nora—. Vale más estar sola que mal acompañada...

El aludido desapareció tranquilamente. ¡No le faltarían mujeres!

Un viejo que rondaba como un fauno en persecución de las tanguistas, al ver a Nora sonrió... Hermosa criatura... graciosa y adorable.

—¿Quiere usted cenar conmigo, preciosa? — le dijo acercándose a su mesa.

Ella lanzó una carcajada y respondió con voz insultante:

—¿Cómo se ha atrevido usted a dejar a sus nietos, Matusalén?

El viejo murmuró algunas palabras furiosas. ¡Insolente! Pero vencido aún por la pasión, rogó de nuevo:

—¿Viejo yo? ¿Quiere usted que bailemos un "charleston" de lo más movido? Mis pier-

nas nada tienen que envidiar a la juventud. ¿Quiere?

Ella aceptó. Y los dos bailaron y el viejo movió ágilmente sus extremidades, agitadas por aquella música de ritmo africano.

—Me convenzo, es usted un bailarín profesional — le dijo ella, al regresar a su puesto.

Pero se negó a cenar con él. Quería estar sola o con un hombre joven y de su gusto. Jamás sintió predilección por esta vejez caduca que se arrastra hacia el placer.

Gerardo Norton había penetrado en el local con el ánimo de vivir unas horas de olvido.

Se dejó caer ante una mesa. Estaba fastidiado por lo infructuoso de sus gestiones. ¿Es que no iba a encontrar trabajo?

Levantó los ojos para observar qué clase de gente había en el "cabaret" y vio en una mesa cercana a Nora, que acababa de despedir al viejo rejuvenecido.

Las miradas de los dos jóvenes se clavaron fijamente con una misteriosa corriente de simpatía. Nora sonrió al ver a ese muchacho de rasgos elegantes, finos, que no parecía uno de aquellos obreros que visitaban con frecuencia el "cabaret".

Y era aquella la primera sonrisa que Gerardo Norton veía después de dos años de tinieblas. Y a pesar de la hora y del sitio, aquella sonrisa tenía para él la seducción de un amanecer...

Nora le llamó. Había encontrado ya a un compañero para aquella noche.

Y el mozo, en un deseo de esquivar la hosca soledad que le envolvía desde que salió de presidio, levantóse y fué al encuentro de la muchacha.

—Siéntate, pequeño — le dijo ella—. Me harás compañía.

El, sonriente, ocupó un lugar en la mesita. Miraba fijamente a esa criatura de negros ojazos.

—Y tú a mí — contestó Gerardo.

Nora llamó a un camarero y dijo, displicente, acostumbrada a esos obsequios que le debían sus enamorados de unas horas:

—Trae una botella de champán.

Gerardo vaciló.

—¿Vale mucho éso? — preguntó, examinando mentalmente el estado escualido de su bolsillo.

—Cuatro dólares. ¿La traigo?

—Sí, tráigala...

Nora contempló un momento a su acompañante y sintió por él una piedad, una lástima que nunca había sentido por nadie. Descubrió en las vacilaciones de su compañero su situación, y dijo al mozo del cabaret:

—No, Jaime, no quiero champán. Trae cerveza para el señor y para mí una soda.

El le agradeció con una sonrisa tierna el servicio que pedía.

Bebieron las humildes bebidas y Nora, con gran interés, dijo a su amigo:

—He creído comprender, muchacho... ¿cómo te llamas?

—Gerardo Norton...

—Tú estás arruinado, ¿verdad?

El, con una sonrisa difícil, para ocultar la miseria que no había conocido nunca, replicó:

—No, me queda dinero todavía... cuatro dólares y algunos centavos...

—Pobre chiquillo. Nora se compadece de

ti. Pero, dime, ¿no tienes amigos, pequeño?

—Ninguno.

—Un hombre que es lo bastante generoso para gastarse sus últimos cuatro dólares en una botella de champán, forzosamente ha de tener amigos.

—Pues no los tengo... A nadie le intereso.



—He creído comprender, muchacho. ¿Cómo te llamas?

Y quedó meditabundo mientras bebía otro sorbo de cerveza.

En el mismo *cabaret* en una mesa cercana, Pedro Cartly, cumpliendo órdenes de su principal, no perdía de vista a Gerardo.

Nora, al ver el abatimiento del joven, sintió aumentar su simpatía, su cariño hacia él. Sin saber por qué le parecía interesante ese hom-



bre al que pocos momentos antes no conocía.

—A ti te ha sucedido algo muy grave, muchacho. ¿Puedo saber lo que es?

—Lo que les pasa a muchos hombres... Me perdí por una mujer — respondió él con amargura.

—¿Y vienes aquí para ver si consigues olvidarla?

—Así es, pero no puedo.

—Vamos, chiquillo, cuéntame. Las penas que se quedan en el corazón hacen mucho daño. Habla por esa boca, explícate...

—¿Te puede interesar algo de lo mío?

—¿Por qué no? No pareces un ser vulgar.

—Pues, Nora, voy a contártelo todo...

Y con esa debilidad de los hombres solitarios que vacían sus secretos a la primera alma que levemente se interesa por su vida, el hijo del banquero contó sin omitir detalle toda su historia de amargura. ¡Ah, las mujeres!

Nora le dejó hablar y luego acariciándole levemente el rostro dijo:

—¡Alegra esa cara, amiguito!... ¿Quieres escuchar un buen consejo? Vuelve al lado de tu padre; él te echará los brazos al cuello...

—No volveré a mi casa hasta que pueda entrar en ella con la cabeza muy levantada.

—Haces mal. Yo de ti le pedía perdón a tu papá...

Gerardo se sorprendió de encontrar en aquella tanguista, no un alma frívola y ligera, sino un espíritu casi maternal.

Y las palabras de ella le acariciaban como una mano suave.

—No, Nora... mi padre fué demasiado duro conmigo. No volveré más a él...

Nora se levantó y le dijo:

—Vámonos, Gerardo, ¿quieres?... El aire de la calle te sentará bien...

—Sí... sí... marchemos...

—¿Has venido a cuerpo gentil?... ¿No tienes abrigo?

—Lo tengo empeñado... ¡Cosas de la vida! Y con las manos en los bolsillos, al lado



—Vámonos, Gerardo, ¿quieres?

de la tanguista, siguió andando por la ciudad obscura, sembrada de trecho en trecho de grandes faroles eléctricos.

En el camino encontraron una tienda en cuyo aparador estaban expuestos abrigos y trajes usados.

—Abrigos bien baratos—dijo ella—. A seis cincuenta.

—Sí, pero tendré que esperar a que me salga trabajo para comprarlo...

—¿Y dónde vas ahora?

El se turbó...

—Por ahí... a cualquier parte... ¿Quieres venir conmigo, preciosidad?

—¡Oh!, no me digas eso... Tú me pareces otra clase de hombre que los que frecuentan el "cabaret"... Tú no eres un espíritu vulgar... Anda, ven, acompáñame hasta mi casa...

Llegaron a una casucha modesta y Nora con la misma ternura maternal le dijo:

—Sube un momento... Encenderé la chimenea y podremos librarnos del frío...

Llegaron al pisito, un sotabanco de las alturas.

—Verás qué fuego tan hermoso...

Gerardo estaba maravillado... ¡Qué criatura tan delicada! ¡Qué exquisitez la suya!

Hasta la puerta de la casa les había seguido el secretario del banquero el cual tomó en una libreta la dirección de la vivienda.

Pronto en la chimenea crepitaron algunos leños. Gerardo, aterido, reaccionó entre aquella atmósfera tibia.

Nora, mirándole con fina compasión, le dijo:

—Estaba pensando en comprar un abrigo... para un buen amigo mío.

—¡Ah!, no... eso nunca, Nora. No te lo admitiría. Bastante has hecho por mí...

—Pero si eso no representa ningún sacrificio para mí... ¿Tú crees que soy una pobretona? ¡Pues has de saber que tengo dinero!

Y fué a una cómoda y de un cajón sacó una libretita.

—Es mi libreta de la caja de ahorros, ¿entiendes? Tengo impuestos treinta y ocho dó-

lares... De modo que si compro el abrigo, todavía seré rica...

—Guárdate tu dinero, Nora — replicó él severamente, pero conmovido en el fondo por aquella extraña generosidad.

—¿Es que desdeñas mi dinero porque crees que viene a mis manos por caminos tortuosos?

Algo de eso había pensado primero Gerardo, conocedor del verdadero modo de vivir de esas "artistas" humildes; pero al ver la indignación de Nora, comprendió que bajo la frivolidad de la tanguista se ocultaba un corazón de oro.

—¡Oh!, no, nunca pensé eso...

—Has de saber que yo gané el dinero con los pies, hijito, es decir, ¡bailando! ¡Un medio tan decente como el que más!

—No pensaba en eso, Nora, te lo aseguro. Pero la verdad, me sorprende que una tanguista no tenga más dinero guardado que treinta y ocho dólares.

—El dinero para nosotras, no tiene ningún valor... Lo mismo que viene se va...

—Dichosa tú...

—¿Por qué no aceptas lo que te ofrezco, muchacho?... Ya ves que tengo de sobra para comprarte un buen abrigo. — insistió ella sonriéndole con toda la luz de su alma.

—No me comprendes, Nora... Prefiero pillar una pulmonía a consentir que me compren abrigo las mujeres...

Resurgía en él el hombre digno que quiere ganar su vida, repugnándole vivir a expensas del ser más débil.

—¡Ah!, orgulloso. Pero tú estás cansado. Tiéndete en el diván y echa un sueñecito mientras yo preparo un refrigerio.

El, fatigado por la larga jornada, obedeció. Tiróse en un sofá, y tan cansado y rendido estaba que no tardó en dormirse.

Ella preparó un café bien caliente. Luego contempló con sincera emoción a ese joven a quien acababa de proteger y hacer casi feliz, únicamente con una ternura y una bondad propia de las madres.

Nora había sido, en otro tiempo, hija de una familia muy honrada. Al morir sus padres, por una serie de dolorosas circunstancias vino ella a ser tanguista. Entonces tuvo que retratar perpetuamente en su cara la eterna sonrisa de placer de esas mujeres alegres, pero en el fondo de su alma el culto a los ideales de la familia, del hogar, de la vida dulce, resurgía con voces inútilmente apagadas.

Y aquella noche, sin saber por qué, con una de esas misteriosas atracciones de las almas, se había sentido turbada ante este joven desdichado, tan abandonado hoy...

Una felicidad divina llenaba sus venas dando a su corazón un ritmo nuevo.

Al ver a Gerardo dormir tranquilamente en el diván, movida a compasión, cogió las ropas de su cama y las extendió suavemente sobre el cuerpo de él... ¡Era tan fría la noche!

Al contacto de aquella caricia, él despertó: —¡Chiquilla, gracias!

Hasta entonces no se había dado cuenta Gerardo de lo hermosa que era su protectora. Pero al despertar vió junto a sí unos ojos grandes, negros, resplandecientes, unos labios que parecían prometer la vida, y percibió además un exquisito olor que se escapaba de aquel cuerpo.

Levantóse, y queriendo atraer hacia sí a la linda joven, le dijo:

—¡Me gustas, Nora! Después de dos años de cárcel se encuentra tan agradable la compañía de una mujer!

Y quiso besarla, pero ella rechazó su intento. Apartóse dolorida, amargada. Había visto brillar en la mirada de Gerardo aquella luz de deseo que hacía semejantes todas las miradas de los hombres.

—Ahora eres tú quien no comprendes, Gerardo — dijo con voz entristecida—. En estos momentos yo querría ser para ti como una madre.

El calló, avergonzado. A la evocación de aquel nombre glorioso, excelso, recordó la suya y sintió vergüenza.

Tomaron en silencio el café... En la escuela del vivir, Gerardo Norton había aprendido a refrenar sus instintos. Además, él había prometido volver a su casa con la frente muy alta. Y por un deseo torpe no mancillaría su promesa.

—Ahora — le dijo Nora—, puedes quedarte en este cuarto, en el diván, a descansar. Te conviene, Gerardo...

—Nora, yo no sé si debo...

—¿Dónde vas a ir, hombre de Dios? Pero sé formal, chiquillo. ¡Bueno, adiós, hasta mañana!

Y sonriente se encerró ella en un cuarto contiguo.

Al verla desaparecer, al quedar en la estancia la fragancia exquisita de aquella feminidad suave y limpia, Gerardo sintióse alborozado de deseo. ¡Ah, la tentación!

Adelantó unos pasos hacia la puerta. Pero

algo le impidió avanzar... Quizás las palabras de Nora, tal vez el recuerdo de su madre...

Quería tratar a Nora, no como a la tanguista sobre la que parecen tener derecho cuantos la conocen, sino como una virgen aureolada por el nimbo azul de la pureza.

Y tranquilo, con un alma de niño, se echó en el diván y se durmió.

\*\*

Por la mañana, cuando la caricia del sol pone optimismo en los corazones, Nora fué al encuentro de Gerardo.

Este se hallaba ya dispuesto al trabajo.

—Has sido muy buena para mí, Nora. Procuraré verte en otra ocasión, cuando no esté tan tronado como ahora...

—Deseo verte a menudo, Gerardo... La chimenea está siempre encendida para ti... ¡Con el frío que hace por la calle! Oye, ¿quieres hacerme un favor? Ten, para tu abrigo.

Puso en sus manos unos dólares. Gerardo los rechazó nuevamente.

—Gracias, pero pronto vendrá la primavera... y entonces ya no necesitaré abrigo.

—Como quieras, pero no vayas a coger una pulmonía... Y si por fin decides no ir a tu casa, ¿me prometes volver luego aquí?

—Te lo prometo. Esto es mi hogar.

Estrechó la mano llenita y breve de Nora y salió optimista y juvenil.

Pedro Cartly había comunicado a Roberto Norton que su hijo había pasado la noche en

casa de una tanguista llamada Nora. El banquero le recomendó que siguiera enterándole de la vida que llevaba su hijo.

—Le prometo que nada me pasará inadvertido.

En el fondo, Pedro Cartly odiaba a Gerardo. Antes de ocurrir la falsificación habían tenido algunas palestras los dos hombres. Y aquella antipatía la conservaba Pedro latente y aún en aumento.

Entretanto, Nora, a pesar de saber que una muralla de prejuicios, de diferencias, la separaba de Gerardo, aguardaba con fe...

Ahora, en la soledad del hogar, se había convencido de que quería, de que amaba con toda su alma a Gerardo. Su amor no era maternal como pensó al principio, sino de esposa, de compañera abnegada y fiel, sumisa y enamorada para el amor y el dolor.

Era el primer amor de su vida, y a pesar de su categoría de "tanguista" no había dado a nadie los favores de su juventud. Contentábase con bailar o aceptar una cena. Sólo esto.

Pasaron las horas y ella no desesperó. Y por la tarde, llegó Gerardo radiante de contento:

—¡Ya he encontrado trabajo! ¡En una compañía de camiones para transportes!

—¡Qué felicidad, chiquillo! ¡Vamos a celebrarlo con una comida casi suculenta!

Y las manos de ella guisaron una sabrosa cena y reinó en aquel hogar una dicha sin límites, una felicidad maravillosa.

Los sentimientos de los dos jóvenes no pudieron contenerse ya... Y cuando él le juró que la adoraba como nunca había amado, que la amaba y la quería respetar al propio tiempo,

ella se sintió inundada de una alegría divina.

—Gerardo, también te quiero...

Se besaron...

Aquella noche, Nora ya no fué al "cabaret".

... ..

Pedro Cartly, persecuidor implacable de Ge-



*...reinó en aquel hogar una dicha sin límites...*

rardo, había averiguado que éste trabajaba en una casa de transportes conduciendo camiones desde los depósitos al muelle.

Y llevado del perverso ánimo de hacerle daño, de perjudicarlo en todos los aspectos, visitó al capataz.

—Lo único que quiero decir a usted, para su gobierno, es que ese muchacho, Gerardo Norton, es un antiguo presidiario.

—Hombre, gracias por la noticia. Voy a echarle a la calle.

Y cuando Pedro salió, el capataz, llamando a Gerardo, le despidió sin contemplaciones

Pero Gerardo, que tenía buenos deseos de trabajar, no se asustó por aquel percance. Animado por el amor de Nora, buscó trabajo, lleno de fe y esperanza, infiltrado por el ideal del amor.

Y lo encontró como delineante. Pocos días después le confiaron algunos delicados trabajos. Era un buen obrero.

Al regresar del trabajo volvía prestamente hacia su nido de amor. Nora había dejado definitivamente de ir al "cabaret". Quería regenerar por entero su vida. Aquella senda de virtud no estaba desprovista de atractivos.

—¿No sería mejor que volviesses a casa de tu padre, Gerardo? — le dijo ella, pensando en las riquezas que la vida del banquero podía proporcionar a su amado en vez de la escasez actual en que vivía.

—¿Tú me quieres? ¿Me quieres de verdad, con toda tu alma, como yo a ti, chiquilla?

—Te quiero con todo mi corazón, chiquillo.

—Pues, entonces, deja a mi padre. Tú y yo formamos la tierra. Nos casaremos, no te preocupes. La vida es nuestra ya...

Llegó el sábado y Gerardo conoció una alegría inédita; esa alegría honrada de los trabajadores que llevan al hogar el dinero ganado con su sudor.

—Es el primer salario que gano en toda mi vida. Estoy orgulloso de mí mismo — dijo a la joven.

—Mejor que salir nos quedaremos en casa, ¿quieres? Te ofrezco una velada familiar...

—Me parece de perlas.

Cenaron en familia. La chimenea encendida ponía sombras fantásticas en las paredes.

Luego junto al fuego los dos callaban aturdidos de felicidad.

—Lee en voz alta mientras yo coso — dijo Nora —, quiero saber lo que le pasó a la heroína de nuestra novela...

El, por complacerla, leyó el folletín.

Distraidamente, Nora había comenzado a fumar un cigarrillo y Gerardo, al darse cuenta de ello, se lo quitó de los labios.

—En el plan de vida virtuosa en que estamos, se prohíben los cigarrillos.

—Es verdad, fuera todos los hábitos antiguos. A ser en todo una mujer nueva...

Algunos días después se casaban... Gerardo había querido dar a su compañera la consagración legal del amor.

Confiaba tanto en ella, la tenía en tal estima, que no vaciló en darle su nombre.

El tiempo se deslizaba con la tranquilidad suave de la dicha. Pero un día, Pedro Cartly, llevado de sus malos sentimientos cerca de Gerardo, fué a visitar al dueño de la casa donde el joven trabajaba.

—¿Tiene usted empleado aquí a un tal Gerardo Norton?

—Sí, señor...

—Pues bien, creo un deber advertirle que él es un licenciado de presidio.

El dueño contempló con desdén a aquel delator y le respondió severamente:

—¿Presidiario o no, ese hombre es un buen trabajador y mientras cumpla como ahora no se le despedirá de esta casa!

—Yo sólo vine a prevenir a usted...

—No hable usted más. Si quiere usted hacerme un gran favor, vaya a la Penitenciaría y tráigame más hombres como ése, que yo les abriré de par en par las puertas de mis talleres.

Pedro se excusó como pudo y fué a visitar a Roberto Norton dándole cuenta de sus gestiones.

—...y ese hombre de los motores se negó a despedirle, porque dice que es un buen trabajador.

El señor Norton estalló en gritos de indignación.

—Yo le dije a usted que vigilase a mi hijo, no que le quitase sus medios de regenerarse para el trabajo.

—Yo pensé...

—Hizo usted muy mal, muy mal, Pedro. Ea, quiero ver con mis propios ojos la vida de mi hijo. Mañana iremos a casa de esa tanguista donde él habita.

Aquel mismo día, Nora se encontró en la calle a dos antiguas compañeras del "cabaret".

—¿Por dónde andas metida, que no se te ve el pelo, muchacha? — le dijeron—. ¿Es que te has casado?

—Quizás, amiguitas, quizás...

Y siguió su camino mientras las otras quedaban muertas de envidia.

A la otra tarde, Roberto Norton y Pedro Cartly se presentaban en casa de Nora.

Gerardo no había llegado aún y Pedro fué el primero en entrar.

Con ademán casi provocativo, preguntó a la joven:

—¿Se llama usted Nora Gregor, de profesión tanguista?

Ella afirmó tímidamente.

—Dígale a Gerardo Norton que su padre está aquí a visitarle.

Roberto Norton acababa de entrar en la casa y miraba con profunda atención a esa mujer que vivía con su hijo.

El corazón de Nora dió un vuelco al contemplar al banquero.



—¿Por dónde andas metida que no se te ve el pelo? ¿Es que te has casado?

—Gerardo estará aquí dentro de unos minutos — dijo—. Tengan ustedes la bondad de sentarse y esperarle.

Les acercó una sillas y tímida, pensando en las consecuencias que podría tener aquella entrevista, se encerró en su cuarto.

Pocos minutos más tarde llegaba Gerardo. Al ver a su padre retrocedió, lleno de asombro.

Y los dos hombres, dando suelta a sus sentimientos, se abrazaron en estrecho lazo de reconciliación.

—¡Oh, papá!

—¡Bien, Gerardo, bien! Me he enterado de que tu vida es ejemplar y vengo a llevarte a casa.

Ahora retrocedió Gerardo pronto a defender su independencia.

—Siento proporcionarte un disgusto, papá, pero no estoy dispuesto a salir de aquí.

El padre ocultó su indignación. ¡Demonio! estaba satisfecho de que su hijo trabajara pero lo que no quería es que siguiera viviendo con una tanguista.

Desde la alcoba, Nora escuchaba anhelante.

—¡Tú no puedes continuar esta vida! — dijo el banquero—. ¡No puedes seguir al lado de esa mujer!

—Esa mujer ha cuidado de mí mucho más que tú — protestó Gerardo, con energía—. ¡Cuando estaba caído, abandonado de todos, fué ella quien me tendió su mano!

—Tú debes comprender que...

—No sigas, padre. Esa mujer hizo de mí un hombre honrado en aquellos momentos de desesperación en que todo me empujaba de nuevo al delito.

Desde su escondite, Nora temblaba, sintiéndose feliz al ver la defensa que de ella realizaba su Gerardo. Pero al propio tiempo le atenazaba un profundo dolor al observar el disgusto del padre.

Pedro había salido de la habitación, deseoso

so de que pudieran hablar padre e hijo con toda libertad.

—¿Tú defiendes de ese modo a una mujer de *cabaret*?

—No digas eso, papá. ¡Dora es mi mujer! — exclamó el muchacho.

—¿Ella tu esposa? ¿Has cometido tú esa locura? ¡Oh, estúpido, estúpido!

Gritaba, paseaba por la habitación rugiendo de furor. ¡Ah, el imbécil!

Gerardo parecía anonadado ante la impetuosa protesta del viejo.

Y en su alcoba, la dulce Nora sintió el terrible dolor de ser la causante de aquella desunión. ¡Ah, la vida! ¡Ahora que padre e hijo iban a unirse, el matrimonio de Gerardo ponía entre ellos una infranqueable barrera!

¡Oh, Gerardo! ¡Tan bueno como era! Bien merecía la dicha de vivir con su padre, sin tener necesidad de dedicarse a un trabajo mal pagado y duro para poder vivir... ¿Por qué no salvarle, por qué no darle una prueba de inmenso amor, sacrificándose por él?

Si el amor no es eso, resignación y sacrificio, entonces ¿qué es amor?

Tomó una resolución heroica, impensada, de momento. Tal vez si la meditase mucho no la realizaría. Se puso un abrigo y un sombrero torcido sobre la cabeza, encendió un cigarrillo y adquiriendo un aire cínico, el mismo de sus días de "cabaret", abrió la puerta y apareció ante los dos hombres.

Nora es mi mujer y la quiero—había dicho Gerardo.

Y ella, con una mirada de fingido desprecio para el joven, habló:

—No le haga usted caso, señor. ¡Yo no soy

su mujer! ¡Las mujeres de mi clase no han nacido para casadas!

Y paseaba con desparpajo fumando su cigarrillo y guiñando el ojo con una mueca picaresca.

Gerardo la contempló con horror, sin entender.

—¡Miente, miente! — gritó—. ¡Hace dos meses que estamos casados!

Ella reía, acariciando con la mirada al viejo.

—¿Quiere usted creerme, señor? — le dijo al banquero—. Llévase a su casa a este chico... A mí me espera la alegría del "cabaret"...

—¡No, no; tú no volverás allí, Nora! — rugió su marido—. ¡No te lo consiento!

Y la sostuvo entre sus brazos. Y entonces entre el risueño semblante de Nora creyó ver unas lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos.

—¡Oh, Nora! — gritó—. ¡Ahora lo comprendo todo! ¡Quieres abrirme así las puertas de mi casa, lo que tú te figuras que es la felicidad para mí, pero, óyeme bien: ni mi padre, ni el dinero, ni nada podrá separar nuestras vidas!

Y ella, sin poder continuar la comedia, rompió en un gran sollozo y se abrazó a Gerardo.

—¡Perdóname, perdóname!

Apretándola contra su pecho, Gerardo, ya más sereno, gritó a su padre:

—Papá, ¿crees que voy a cambiar a esta mujer por todas tus riquezas, a esta mujer que supo ser para mí, madre hermana y novia?

El banquero calló. Paseaba nerviosamente, agitado por distintos pensamientos.



—¡No, no! — siguió diciendo Gerardo—. ¡Nada nos separará!

El viejo miró de frente a su hijo, arrogante y desafiador en su actitud, y luego dirigió la vista a Nora que tenía un gesto de mujer buena, honrada. Y lentamente, como si le



—No seré yo quien os separe, Gerardo.

costase pronunciar las palabras de perdón, habló:

—No seré yo quien os separe, Gerardo — murmuró—. Acabo de ver que de todas las esferas puede salir una esposa modelo. El gesto de Nora la ha dignificado a mis ojos.

Nora y Gerardo alzaron la cabeza, turbados, anhelantes...

—¡Perdonadme los dos! — siguió dicen-

do el señor Norton—. ¡Hoy se abrirán para vosotros las puertas de mi casa, y lo que me queda de vida lo emplearé en reparar el daño que he causado!

—Gracias, padre, gracias...

Y los tres se confundieron en un abrazo. Y el viejo, ocultando su emoción, dijo:

—Bueno, se acabaron los abrazos. ¡El *auto* espera a la puerta!

Gerardo y Nora, radiantes de felicidad, siguieron a Roberto, subiendo al *auto* que les conduciría a la regia mansión del banquero.

Pedro Cartly se acomodó al lado del chofer. Por lo bajo sufría el mal sabor de su derrota.

El coche arrancó... ¡Adiós a la vida humilde! ¡Paso a la riqueza!

Unas artistas de "cabaret", antiguas compañeras de Nora, acertaron a pasar ante la casa de ésta en el momento en que marchaba el automóvil.

Una de las chicas, lívida de odio, exclamó:

—¡Caramba! ¡Hasta *auto* a la puerta! ¡Y yo sigo siendo tanguista! ¡Me muero, me muero del berrenchín!

Y tuvieron que llevarla a una farmacia.

FIN

PRÓXIMO NÚMERO

## SANGRE DE ARTISTA

por VIOLA DANA, GEORGE O'HARA, ETC.

Postal-fotografía-regalo: HELENA D'ALGY

LA NOVELA SEMANAL CINEMATográfica

sale todos los miércoles. Precio: 25 cts.

¡ SIEMPRE LAS MEJORES PELÍCULAS !

COMPRE USTED MAÑANA

## LA MUJER DESNUDA

por LOUISE LAGRANGE, IVAN PETRO-  
VITCH, NITA NALDI, ETC.

libro 15 de las EDICIONES ESPECIALES

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

Y

## De la cocina al escenario

por GLORIA SWANSON, LAWRENCE  
GRAY, ETC.

libro 99 de la selecta BIBLIOTECA

*Los Grandes Films*

DE

La Novela Semanal Cinematográfica